

## **Libros para una mujer hecha y derecha de nueve años**

Anécdotas Bibliotecarias No 19

*James Campbell Jerez*

Bibliotecólogo

Febrero 2017

*¿Te gustan estos libros? ¡Le pregunta Mónica a Melany en la sala infantil de la biblioteca. ¡No, responde Melany, quiero libros para una mujer hecha y derecha de nueve años! "*

Diálogo entre mis nietas (13 y 9 años) en la biblioteca

Era el 20 de diciembre del 2016 cuando en compañía de mis dos nietas y mi hija menor emprendimos viaje a la biblioteca en plenas vacaciones de final de año con la ilusión de poder llevar a casa esos tesoros que descubrimos Lucila y yo en cada viaje. Era, también, la primera vez que llevaba a mis nietas: Mónica (13 años) y Melany (nueve años menos un día) a pesar de que más de una vez se los había prometido. La más entusiasmada en los días previos era Melany, dado que los libros que habíamos prestado un mes atrás con Lucila no le concernían y por tanto, cada vez que las visitaba y llevaba un nuevo libro para su hermana Mónica me insistía en que porqué a ella no le llevaba. La explicación era la misma. Los libros que habíamos prestado la ocasión anterior todavía estaban circulando entre su hermana y sus tías y mis otras y otros amigos que se son de hecho usuarios indirectos de la biblioteca. Estoy claro en su expresión que no acaba de entender porque no puede tener tantos libros como los tienen su hermana y su tía (con un par de años de diferencia entre ellas). Es obviamente mi culpa. Siempre llevo libros prestados para mis hijos/as y mi nieta Mónica que comparte gustos con su tía Lucila y a ella le llevo un par de libros infantiles que lee en menos tiempo del que nos dilatamos los demás en leer (que circulen los otros entre nosotros).

Pero mientras Melany estaba ansiosa (seguro su padre, mi hijo mayor, le habrá contado que de pequeño me acompañaba al trabajo y le fascinaba jugar entre los estantes de libros, como un gran laberinto) yo estaba igualmente ansioso

por descubrir su cara de sorpresa para poder embeberme de la misma y tener un argumento para esta crónica. Tal vez mi error para su expectativa fue anunciarle una semana antes que la llevaría a la biblioteca. Así que mientras llegaba el día, todos los días que pasaba a visitarla me insistía en el viaje. Las fotos de la Biblioteca Pública Alemana Nicaragüense que vimos juntos en Internet no hicieron más que acentuarle su ansiedad. Pero había un pero. Estábamos de vacaciones de fin de año y la biblioteca podía estar cerrada, y por más que intentamos comunicarnos por teléfono para averiguarlo no lo logramos. Así, el viaje a la biblioteca un día antes de su cumpleaños número nueve, estaba determinado por la incertidumbre.

Me pregunta si podrá traer el libro que ella quiera y mi respuesta aunque afirmativa se miraba que no la satisfacía al ciento por ciento. Lo veía en su carita. Quiere tener un libro en sus manos escogido por ella. Ese es su afán. No tengo dinero para llevarla a la librería pero tengo la posibilidad de esta biblioteca en especial, como gran parte de la población a sus alrededores que la desaprovecha. Igual que son desaprovechadas la mayoría de las bibliotecas, de todo tipo, existentes en el país.

¿Qué otra cosa más maravillosa puede pasarle a un niño/a a esa edad? Visitar la biblioteca pública (de lectura recreativa) es para ellos una aventura, como lo demuestra la Biblioteca Pública Alemana Nicaragüense en sus diferentes servicios de promoción y fomento de lectura sobre todo, con el servicio del Bibliobús que acerca los libros a la comunidad. No es una aventura cualquiera. No es ir a la biblioteca por la obligación de realizar las tareas que no pueden hacer en casa por falta de libros de texto o de enciclopedias como las que yo gocé en mi niñez y adolescencia gracias al sacrificio de mi madre. Es visitar la biblioteca por el placer de leer. El placer de perderse entre colores e imágenes de mundos imaginarios imaginados exclusivamente para niños y niñas, adolescentes, jóvenes y adultos en sus diversas categorías.

Llegado el día, el fiasco fue grande. Mientras íbamos en el bus, un trayecto de aproximadamente una hora desde casa hasta la biblioteca, Melany no paró de preguntar si ya íbamos a llegar. Ese fue el estribillo del día. Cada vez que giraba la cabeza para observarla estaba esperándome para preguntarme ¡Abuelo ya vamos a llegar! Cuando llegamos, como en efecto había temido, la biblioteca estaba cerrada por motivos de vacaciones. La decepción de Melany solo se aplacó con la promesa de regresar en cuanto abrieran después de vacaciones. En esta segunda visita, a mediados de enero, la maravilla de mi nieta quedó reflejada en sus ojitos que querían abarcar de una sola pasada toda la colección a sus alrededores. Lucila como usuaria experimentada empezó a guiar a su sobrina mayor por donde estaban las obras que más le gustan. Por mi parte llevé a Melany a la sala especial dedicada a las y los niños, esa sala infantil que tanto placer provoca entre las y los distintos usuarios que la visitan, y se la encomendé a

Vanessa, la bibliotecaria de dicha sala. Mi nieta insistió en que si podía llevarse libros a casa y la dejé satisfecha con mi respuesta positiva mientras yo me dirigía a las oficinas de la biblioteca para conocer su avance e intercambiar impresiones con su Directora.

Pasado un tiempo me levanté para ver como la estaban pasando, sobre todo Melany. Cual no fue mi sorpresa encontrar en la sala general y juvenil a mis tres acompañantes, cuando creía que Melany estaba inmersa en el mundo de fantasía que garantiza la estancia en esa sala infantil. Cuando le pregunté, extrañado, **porqué estaba ahí, me respondió mi nieta mayor: “!es que ella quiere libros específicos para mujeres hechas y derechas de nueve años!”**

En efecto, quería libros de misterio que leen su hermana mayor y su tía. O **libros de “terror” juvenil (El caballero Fantasma, de Cornelia Funke, o la Saga de “Los sin miedo” de José María Plaza), y otros que ya no están en la sección infantil,** sino que aguardan impacientes a ser descubiertos y liberados por manos ávidas como las de ella en la sección juvenil de la biblioteca, y algunos otros dispersos en la sección de literatura general, para todo público.

En la sala infantil, según me comentó en el camino de regreso a casa, solo encontró un libro que le gustó y que leyó ahí mismo. Pero el afán de mi nieta, es a todas luces emular a su hermana y su tía Lucila en leer. Aunque su hermana mayor a veces la crítica porque de los libros que le llevo a ella los empieza a leer, pero luego, tanto el libro como mi nieta terminan en los brazos de su madre que le continúa leyendo antes de dormirse.

Por eso, desde que brego en este oficio suelo afirmar que la lectura también suele ser un hábito contagioso. Mientras exista una persona en casa que lo padece, la posibilidad de contaminar a otros en su entorno es de un elevado porcentaje, con lo cual el hábito convertido en vicio es indudablemente dañino para la ignorancia. Por ello, la lectura y las acciones que se realizan para fomentarla es altamente peligroso en sociedades como la nuestra gobernadas por regímenes dictatoriales, donde el tema lectura, producción de libros, cantidad de bibliotecas, usuarias y usuarios reales, ni siquiera forman parte de las estadísticas nacionales.

Desafortunadamente en Nicaragua solo se realizan acciones esporádicas de promoción de lectura destinadas para la foto del momento, exclusivamente para la propaganda. Es decir que no existe una política pública clara y específica de fomento de la lectura predestinadas a lograr cambios en los hábitos de la población hacia la lectura. Por ello, tener a las pocas bibliotecas públicas existentes con horarios de oficina y cerradas durante las vacaciones escolares y laborales de fin de año no abona a que la población tenga la posibilidad de

encontrar a uno de esos tantos libros presos que esperan anhelantes unas nuevas manos que los abran y disfruten de lo que mantienen generalmente ocultos: la palabra, el concepto, el conocimiento. ■